

ANANANAIE ----- CARMEN SÁNCHEZ MARTÍN

—ANANANAIE: *Proceso de conversión hacia un ser que existe del revés.*

Acontecidas las narrativas primeras de los escritores y poetas del siglo XX, se genera una ruptura genésica, en la que la literatura entendida hasta este entonces como un alma mater del lenguaje de las letras, se desquita de su papel fundador, para vagar por el terreno como un ente que carece de forma o cuerpo predefinido. La literatura, pues, comienza a ser y sentir sin ánimo de lucro, precipitándose sin ella saberlo hacia un tiempo dorado, se deja vencer por la libertad de aquel que tiene la valentía de explorar lo que le dicta su voz interior, siendo la honestidad el consuelo a un mundo que vive una transición hacia la modernidad. Y es que, como si de una enfermedad se tratase, el arte se ve envuelto en unos años de vislumbre y conjeturas, en donde nada es lo que parece pero todos se asemejan a lo que siempre han deseado ser. ¿Acaso el artista no es una suerte de hogar para sí mismo?, ¿No es el individuo en sociedad el objeto artístico de una amplia galería donde las obras se subastan al mejor postor? Por ello, cuando los felices años veinte se quedan atrapados en un siglo donde las guerras asolan Europa, la visión en la actualidad hacia Montparnasse y Montmartre —los barrios parisinos por excelencia donde los bohemios artistas e intelectuales jugaban a hacer de la experiencia vital un arte—, se recrean como una suerte de idilio atemporal, en el cual la adrenalina propia del desenfreno y la alocada desvergüenza, dejan sedientas a las expectativas del presente, pues el diagnóstico actual hacia la falta de solvencia de esta mitificada imagen no es más que la frustración. Sin embargo, tras estos boulevards de despistes y alevosías propias de la luz lunar, podemos llegar a apreciar un espíritu romanticista (tomándome licencias sobre la etimología del término). Y es que si de escritos nos dotamos, podemos incidir en que el ser poeta es un ser anecdóticamente romántico, que prevalece en cautela, adormecido digamos, hasta que el alcohol, es decir, cualquier pulsión de vida o de muerte, perturba su sueño y se emborracha de tinta su pluma, hasta tal punto que el émesis aprieta su pulso y la dualidad emocional se desespera por salir, en palabras del propio Hemingway: “No hay nada que escribir. Todo lo que haces es sentarte en una máquina de escribir y sangrar.”

Y en esta afirmación hay una imperiosa necesidad, la de escenificar esa frustración vital a través de la escritura, dividiéndose la realidad de manera bífida, por un lado la noche y por otro el día. Así pues, considero que hay una línea que se vuelve de plata sobre el mar nocturno y dorada sobre la aurora de las mañanas. Dicha línea, acorde con la teoría del ser de Sylvia Plath —al mismo tiempo que con la diferenciación de lo apolíneo y dionisiaco que ya anunciaba Nietzsche—, se ha vuelto curva y le han salido alas, se ha subido por mi desnudez y casi que por inercia me ha abrazado, haciéndome encontrar en ésta una norma que vincula este canon, siendo lo vertical y apolíneo el mandamiento a seguir por la mirada juiciosa del que tiene poder como para sentenciar; y lo horizontal y dionisiaco la mirada equiparada de dos seres que, habiendo renacido y encontrado una naturaleza común, están preparados para contemplarse en el goce de los sentidos, de lo grotesco, manual y humano. Pero como les he dicho, la línea ya no es recta sino curva, y no se mantiene frente a mí sino que me envuelve, es parte de lo que soy; y las palabras no forman filas de columnas con métricas y versos limitados, ni se disponen fríos párrafos lentos y seguros, sino que las frases se precipitan

hacia el acantilado, porque la línea se ha transformado en una espiral y se ha hecho piel y papel; y ya no soy una sino tres, día, noche y ANANANAIE: vivo del revés, en ese limbo que comparten la noche y el día y donde la mirada no es vertical u horizontal sino oblicua. Pero hay un antídoto que ya anunciaba María Zambrano o Virginia Woolf: ese claro del bosque que precisa de una habitación propia donde el artista deje la distinción de artista y se convierta en un ser que transita y habita el mundo, desde la sencillez del propio entendimiento con la naturaleza y la sociedad, pues la mayoría de los escritores que conocemos hasta este momento existían en los entornos rurales, en los que la vida se vivía en comunidad. Sin embargo, con el auge de las grandes ciudades y el capitalismo, muchos transitan hacia ejes culturales donde reina una sociedad en la que el renombre —que no los nombres— es la prenda que les reviste, la máscara que data de su presencia; en otras palabras, la herramienta de comunicación en un mundo que avanza tan deprisa que el conocimiento propio carece de tiempo de reacción contra el accidentado modernismo. Entonces, dígame ustedes, ¿acaso no es el artista un ser atormentado? ¿No necesita el artista serlo, acaso? ¿No es necesario el tormento, el que perturba la neblina del conocimiento, el que sucumbe la ignorancia, aquello que diferencia al poeta de cualquier otro ser que tiene conocimiento de causa y de vida? La valentía a permanecer y hacer de la vida arte, del arte el día y de la noche, poesía. Eso es lo que les diferencia. ¿Y valientes, por qué? Porque transitan sin conocer, cuando las calles están desiertas y el suelo resbala tanto que las huellas de otros no son capaces de adherirse a éste, ¿y me van a decir que no es románticista esto? ¿Por qué nos insuflan en vena que el Romanticismo es un periodo con fecha de inicio y fin?

Cuando considero que el tiempo no es más que una red de retazos de emociones y sentimientos, de circunstancias y lamentos, de acontecimientos y aire, que deposita todo en un eterno retorno que vuelve en sí al mismo punto de comienzo de salida y de meta en una carrera que gana aquel que queda varado en la mediana del camino. Y yo me encuentro aquí en un isla en mitad del Mediterráneo, desde donde escribo una prosa poética que se encuentra en un eclipse sin tiempo, donde la nostalgia que albergan los sentidos —ya sea el tacto, el olfato, el gusto, la vista o el oído— me retrotrae a todo aquello que he sido que divaga en un espacio-tiempo en el que confluye todo de manera adireccional, como si Proust y Warburg hubiesen tenido un hijo que se come una magdalena mientras juega con las migajas a crear un castillo en el que cada habitación se conecta con una época y lugar distinto, sin existir las épocas ni los lugares sino el espíritu y la intencionalidad que las llevan a existir. Y ya he contemplado la fachada en prosa de realismo supremo a la luz del día, y he recorrido las escaleras de piedra con líricas vidrieras en la noche románticista para poder entrar con la llave de la aceptación a las habitaciones ordinarias, que disponen el realismo cotidiano visto desde un ilusorio romanticismo semipoético, que deja una taza vacía al lado de la ventana por la cual la luz en diagonal narra con realismo lo que para mí es real. Y dentro de que para mí la horizontalidad y la verticalidad pueden llegar a confluir en ese ser oblicuo —en ese ANANANAIE, como yo lo denomino—, sí que es cierto que en mí lo nocturno, el romanticismo, siempre va a persistir. Así que, dejando este limbo semipoético, quería contaros todo esto desde una horizontalidad inmersa en versos: